

*"La Fe Debe Ser  
Purificada"*

## © 2019 EDICIONES LUCAS

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida ni transmitida por ningún medio –gráfico, electrónico o mecánico, lo cual incluye fotocopiado, grabación y sistemas informáticos –sin el consentimiento escrito del editor.

Todas las citas bíblicas escritas y referenciadas han sido tomadas de la Versión Reina-Valera 1960. En cuanto a otras citas aclaramos la Versión de la Biblia de donde han sido tomadas.

*Primera edición: noviembre 2019*

Escrito y editado por: Josué Galán y Wendy Cubías

Cualquier pedido o comentario hágalo a la siguiente dirección:

josuegalan@hotmail.com  
www.vidadeiglesia.org  
vidadeiglesiaorg.blogspot.com  
asesalegal@gmail.com

**EL-011119-044**

## “La Fe Debe Ser Purificada”

---

1 Pedro 1:7

*“para que la prueba de vuestra fe, más preciosa que el oro que perece, aunque probado por fuego, sea hallada que resulta en alabanza, gloria y honor en la revelación de Jesucristo”.*

### **La Fe Es Un Don Dado Por Dios**

Hemos sido salvos por medio de la fe, y para fe. Para poder caminar en el Señor, primeramente necesitamos la fe por medio de la cual somos salvos. La fe llega sutilmente a nuestras vidas, al punto que llegamos a pensar que

S  
E  
M  
A  
N  
A  
—  
1  
—

el creer es de nosotros, sin embargo, dice:

Efesios 2:8

*“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios”.*

El apóstol Pablo nos dice que la fe es lo primero que Dios ofrece a todos los hombres para poder ser salvos. Nadie puede creer en Dios de manera efectiva, si antes no recibe la fe, ahora bien, es decisión de cada hombre aceptar ese don de Dios, y ejercerlo para poder creer en Jesús como su Salvador. La fe salvadora es el primer eslabón que se da entre Dios y el hombre. La fe es similar al salvavidas que le es lanzado a un naufrago moribundo en el océano, no sólo con la idea de que no se ahogue, sino también para poder subirlo al barco que lo puede llevar a tierra firme. Así nos sucede a nosotros cuando el

Señor nos da la fe, no sólo nos salva por medio de ella, no sólo nos rescata de este mundo que nos ahoga, sino que también es capaz de meternos en la esfera del Reino de Dios hasta que alcancemos lo que Él se ha propuesto para nosotros.

La fe, por lo tanto, podemos decir que es la manera en la cual Dios empieza a operar en el hombre. Dios nos da la fe, lo único que Él no puede ejercerla por nosotros. Ciertamente Dios nos da la gracia para creer, pero somos nosotros los que tomamos la decisión de usarla, o de no usarla. Dios un día nos juzgará a los hombres bajo esta premisa: Él nos envía la fe, y nosotros decidimos creer en Él o rechazarlo.

Los que hemos nacido de nuevo, es decir, los que hemos sido engendrados por Dios, somos aquellos que un día decidimos aceptar la fe como la semilla divina que se implantó en nuestros

espíritus. Por la gracia de Dios ahora somos gente regenerada, somos una nueva creación de Dios, por lo tanto, debemos seguir desarrollándonos por medio de la fe. Esto lo confirma Romanos 1:17

*“Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá”.*

Tenemos que estar conscientes que la Vida en el Señor inició en nosotros desde el día que nos dieron la fe, y que dicha Vida se desarrollará únicamente si hacemos uso de ella. Hace algún tiempo atrás les compartí acerca de estas cosas, y para referirme a la fe inicial que necesitamos para recibir a Cristo usé el nombre de “fe salvadora”, y para referirme a la fe que nos ayuda a desarrollarnos usé el tema de “la fe activa”. En realidad, la fe salvadora y la fe activa son la misma “fe”, sólo que

usamos esos nombres por asuntos pedagógicos.

## **¿Por Qué El Apóstol Pedro Dice Que La Fe Debe Ser Probada?**

En esta ocasión quisiera hablar siempre acerca de la fe, pero bajo el punto de vista de lo que leímos al inicio en la primera carta del apóstol Pedro. La idea que nos quiso dar a entender el apóstol es que la fe debe ser probada, tal como es acrisolado el oro para que alcance pureza. Para entender bien esta figura debemos entender lo siguiente: la fe en sí misma no puede ser perfeccionada, ni purificada, porque ella proviene de Dios, por lo tanto es perfecta. Ahora bien, si la fe es como el oro, tenemos que entender que este metal se encuentra debajo de la tierra, en el lodo. Cuando los mineros extraen el oro de la tierra, rara vez encuentran una pepita de oro, la mayoría de veces tienen que escarbar en la tierra, pasarla por un proceso de

lavado, hasta que poco a poco van apareciendo partículas de oro. Ya que tienen el oro en partículas, lo meten al crisol, y lo purifican, de tal modo que el oro pierde las impurezas en las que se encontraba. No es que el oro en sí mismo esté sucio, o alterado, sino que estuvo rodeado de otros minerales que no eran oro, por lo tanto, deben meterlo al crisol para que se separe de él lo que no es oro. Bajo este argumento debemos entender lo que nos dijo el apóstol Pedro en cuanto a la fe.

La fe en nosotros es igual al ejemplo del oro. La fe que nos dieron al inicio (la fe salvadora) llegó a nuestro espíritu en un estado puro, pero luego empezó a moverse hacia nuestra vida natural, en otras palabras, empezó a rodearse de todos los aspectos de nuestra alma, de modo que la fe perdió su pureza. Es igual al ejemplo del oro que está enterrado, no es que éste deje de ser oro, pero se rodea y se adhiere a otros



minerales que no son oro. En nosotros la fe deja de ser pura, no porque ella en sí misma se contamine, sino porque nuestra creencia en Dios está plagada de muchas cosas que no son fe.

El Señor en una ocasión dijo:

*"Velad y orad, para que no entréis en tentación; el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil"*  
(Marcos 14:38).

S

E

M

A

N

A

—

2

—

El Espíritu Santo habita en nuestro espíritu, allí está la perfección de Dios, allí todo es puro; el problema es que en nuestra experiencia natural no podemos permanecer en esa dimensión todo el tiempo, pues, deberíamos vivir dedicados a estar en contemplación, lo cual es imposible. Nosotros como seres humanos debemos vivir con toda normalidad en este mundo físico en el que habitamos. De igual manera debemos hacer uso de nuestra alma, es decir, de nuestros pensamientos, nuestros sentimientos y nuestra voluntad. No es congruente, ni correcto suprimir nuestra alma, así como tampoco nuestras necesidades y funciones físicas. Lo que nosotros debemos hacer para

desarrollarnos en el Señor es ejercitarnos en la fe, de esta manera la Vida divina va a echar raíces en todo nuestro ser, al punto que viviremos bajo el efecto de la naturaleza de Dios. Si permitimos que Dios crezca en nosotros, nuestro corazón se va a apegar a Su voluntad, de modo que vamos a vivir para hacer lo que Él quiere. Si ejercemos fe, un día todo nuestro ser: espíritu, alma y cuerpo vivirá entregado totalmente para Dios. La Vida plena que debemos alcanzar en Dios es que un día amemos lo que Él ama, y aborrezcamos lo que Él aborrece.

El apóstol Pablo dice en Gálatas 2:20

*“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí”.*

El apóstol Pablo tiene conciencia de que la fe tiene que ser utilizada por el creyente para que Dios se convierta en su experiencia de vida en este mundo en el que vivimos. El problema es que, debido a nuestro ser caído (tanto a nivel del alma, como del cuerpo) en el cual habitamos, la fe se llena de impurezas.

Hay una versión de la Biblia que traduce de la siguiente manera 1 Pedro 1:5

*“A quienes el poder de Dios por medio de la fe protege para salvación, por lo cual rebosáis de alegría; aunque sea preciso que todavía por algún tiempo seáis afligidos por diversas pruebas, a fin de que la calidad probada de vuestra fe ...”.*

Definitivamente el apóstol Pedro fue un hombre contemplativo, por lo tanto, le enseñaron a la Iglesia a tener una vida contemplativa. Las palabras que el

apóstol Pedro usa en este verso tienen una connotación hacia la vida contemplativa. La idea que nos está dando en este verso es de alguien que está acuartelado, o protegido en una ciudad amurallada. Lo que podemos entender es que por medio de la fe podemos estar “protegidos” en Dios, tal como el *Salmo 46:1* “Dios es nuestro amparo y fortaleza...”. Pedro está refiriéndose a aquellos creyentes que ejercen fe, y que por medio de ella logran salir de lo natural para ser protegidos en los celestiales, en Dios. Los efectos de tener una vida de fe es que vamos a rebosar de alegría.

Ahora bien, es necesario poner atención a las palabras del apóstol Pedro, cuando él se refiere a: “... *la calidad probada de vuestra fe...*”. Estas palabras hay que entenderlas y explicarlas con fineza, porque no se puede purificar algo que es puro; no se puede perfeccionar la fe que proviene de Dios,

pues, Él es perfecto. En realidad a lo que se está refiriendo es a la purificación que debe experimentar la fe ya mezclada en nuestro ser. Como dijimos al inicio, el Espíritu de Dios es depositado en forma pura en nuestro espíritu, sin embargo, cuando las virtudes divinas fluyen a nuestra alma, se mezclan con nuestros pensamientos, nuestros sentimientos, y nuestra voluntad, de modo que vuelven imperfecto lo de Dios. El apóstol Pedro nos advirtió que tuviéramos cuidado con los indoctos e inconstantes, pues, tuercen las Escrituras, para su propia perdición (*2 Pedro 3:16*). La Escritura es perfecta, pero una mente reprobada es capaz de torcerla. Hay otros creyentes que se aferran a una visión, o a una experiencia mística en la cual Dios les habló, y por mal interpretarla se extravían del camino de la Vida. Hay muchos predicadores ambiciosos que predicán mucho acerca de Abraham, de Isaac, de David, de Salomón, etc. y su

mensaje es: “*Si Dios hizo millonarios a sus siervos, sírvale a Dios y usted será millonario*”. Es fácil agarrar contextos bíblicos aislados, y en especial, del Antiguo Testamento, para poder afirmar cualquier idea que a alguien le venga en gana. Esto es prueba que lo de Dios en el hombre se contamina, y no porque las virtudes divinas en sí mismas se degraden, sino porque nuestra humanidad imperfecta y caída las ensucia.

Hermanos, nosotros somos humanos, y vivimos en un mundo físico, pero Dios en Su misericordia quiere habitar en nosotros en nuestra experiencia natural. Dice:

Efesios 3:16

*“para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; v:17 para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones,*

*a fin de que, arraigados y cimentados en amor”.*

Dios quiere habitar en nuestros corazones porque es la única manera en la cual la Vida divina se volverá nuestra experiencia. En otras palabras, Dios no sólo quiere habitar en la parte más profunda de nuestro ser que es nuestro espíritu, sino que Él quiere ser nuestra experiencia de vida, Él quiere habitar y gobernar nuestros corazones. Esto es como el buen perfume, puede pasar durante mucho tiempo sin usarse, pero como está contenido en un envase sumamente sellado, conserva todas sus cualidades. Ahora bien, si el perfume sale del frasco y se mezcla con nuestra piel, éste, con el paso de las horas va a empezar a evaporarse hasta que su olor sea imperceptible. Así es la Vida de Cristo en nosotros, una cosa es poseerla en nuestro espíritu, y otra es convertirla en nuestra experiencia de vida.



Acerca de esto el apóstol Pablo decía:

*“Porque para Dios somos grato olor de Cristo en los que se salvan, y en los que se pierden; a éstos ciertamente olor de muerte para muerte, y a aquéllos olor de vida para vida”*

(2 Corintios 2:15-16).

A algunos se les percibe más que a otros la Vida de Cristo, ¿Por qué esto es así? En realidad, todos tenemos en nuestro espíritu la misma cantidad y calidad de Vida divina, eso no cambia para nadie, a todos nos dieron a Cristo; esto lo podemos leer en:

Juan 3:34

*“Porque el que Dios envió, las palabras de Dios habla; pues Dios no da el Espíritu por medida”.*

Dios no nos dio Su Espíritu por medida, es decir, no nos dio una o dos porciones de Él, sino a todos nos dio lo mismo: “*Su Espíritu*”. La diferencia entre un creyente y otro no es lo que tienen de Cristo, sino cuánto de Él es su experiencia de vida. Con el ejemplo del frasco de perfume podríamos decir que a todos nos dieron la misma cantidad de perfume, la diferencia se da a la hora de aplicarlo, el que se echa bastante va a emanar mucho olor, y el que se echa poco, poco se le percibirá el olor. Así sucede entre los creyentes, hay unos que tienen a Cristo y huelen a Cristo; mientras que hay otros que tienen a Cristo (en su espíritu) pero tienen olor de muerte, parecen cualquier cosa, menos hijos de Dios; en éstos Cristo no vive en sus corazones, sólo lo tienen en su espíritu pero no es su experiencia de vida.

## La Fe Es La Virtud Divina Que Hace Posible Que La Vida De Cristo Se Convierta En Nuestro Vivir.

Es necesario, por lo tanto, que esa fe sea purificada de todas las programaciones emocionales que conforman nuestro “yo”, y que la aprisionan sólo a la dimensión del espíritu. La fe debe ser purificada, así como se limpia de toda contaminación el metal precioso del “oro”. Hoy en día escuchamos que hay oro de 24 quilates, de 18 quilates, etc. El oro puro tiene 24 quilates. El oro de primera ley, o conocido como oro de 18 quilates (18/24) por cada 24 partes en peso de la aleación, 18 de ellas son oro puro y las restantes son otros metales, que típicamente son plata y cobre, que le dan la dureza y el color ideal para terminados de joyería. El oro de segunda ley,

S

E

M

A

N

A

—

3

—

es conocido como oro de 14 quilates (14/24); es decir que por cada 24 partes en peso de la aleación, 14 de ellas son oro puro y las restantes 10 de ellas son otros metales. La cantidad de partículas de oro no dejan de ser oro puro, sólo que tienen aleaciones con otros metales, que le evitan ser oro puro. A esto se refiere el apóstol Pedro al decir que el metal de nuestra fe debe ser purificado. Lo de Cristo en nuestro espíritu es puro, santo, y perfecto; el problema radica en nuestra alma, pues, allí somos tan sucios y corruptos como los incrédulos.

Tengamos cuidado de nuestra alma, porque uno de sus peores males es el apego a la religión. Ella busca ser religiosa, y es más, si todo a nuestro alrededor está bien, ella se siente complacida con lo de Dios, pero si las cosas marchan mal, entonces, murmura y se rebela contra Dios. ¡Cuidado! No dependamos de nuestra alma, porque

en los tiempos de mayor relajación pueda ser que estemos más lejos de Dios. Por causa de nuestra alma es que nuestra fe debe ser purificada, porque, aunque tengamos la Vida divina en nuestro interior, hay mucho de nosotros que la contamina.

En estos últimos años, el Señor, en Su grande misericordia ha purificado nuestra doctrina, nos ha sacado de la religión evangélica, y nos ha depurado de muchas cosas más, pero no creamos que por eso nuestra fe ya fue purificada como el oro de 24 quilates. Aún debemos disponernos a ser purificados. Pueda que a estas alturas ya no nos llame la atención la doctrina de paz, poder y prosperidad; pueda que ya no necesitemos milagros para creer en Dios (aunque no estoy en contra de los milagros, pero no los necesito para creer en Dios). Pueda que no necesitemos que Dios nos haga millonarios, pueda que ya no deseemos

un gran Templo para reunirnos, pueda que ya no nos sintamos nostálgicos por no tener un pastor a la manera evangélica, etc. Es cierto, ya fuimos depurados de muchas cosas religiosas, pero ante la lupa divina, aún necesitamos ser purificados en cuanto a la fe.

Ante los ojos de Dios aun nuestra fe no es 100% pura, porque aun hacemos ciertos tratos con Él. Como les decía anteriormente, algunos no esperan que Dios los haga millonarios, pero seguro que han convertido en su lema el pasaje de *Proverbios 30:8* “...No me des pobreza ni riquezas; manténme del pan necesario”; muchos no se dan cuenta que detrás de estas palabras de Salomón hay un corazón ambicioso aunque solapado, un corazón que está haciendo negocios con Dios. Si hacemos nuestras las palabras de este verso, siempre le estaremos pidiendo algo a Dios para creer en Él, y cuando llegue el tiempo de

la pobreza vamos a flaquear en nuestra fe. La fe de alguien que esté anclado a *Proverbios 30:8* no es una fe de 24 quilates, tal vez ya no es una fe de 4 quilates, pero aún no es pura. ¿Qué cosas necesitamos que Dios no nos deje de dar para creer en Él?, ¿Seguiremos teniendo fe si un día Dios nos quita el trabajo, o los hijos, o el cónyuge? ¿Qué tan pura es nuestra fe?. Permitámosle al Señor que trate nuestra alma, ella es la que llena de impurezas la fe que nos fue dada el día que creímos en Jesús.

Me sorprendió como la palabra “fe” aparece en numerosos capítulos de la Biblia, pero *1 Pedro 5* es uno de los capítulos en los que aparece más veces, aparece 4 veces en los v:5, 7, 9 y 21.

Dice *1 Pedro 5:21*:

*“y mediante el cual creéis en Dios, quien le resucitó de los muertos y le ha dado gloria, para que vuestra fe y esperanza sean en Dios”.*

El Señor quiere llevarnos a alcanzar una fe pura, y esa la alcanzamos cuando nuestra fe está puesta únicamente en Él. La fe pura es aquella que no necesita de ningún aditivo natural para creer y disfrutar a Dios. La fe pura nos lleva a una comunión directa con Dios. Si aún necesitamos ánimos para buscar a Dios, aún nuestra fe no es de 24 quilates, no es pura.

¿Ha pensado usted en qué consiste la vida del hombre? Alguien dijo: *“La vida es el proceso de la muerte, al nacer empezamos a morir”*. Tal pensamiento no está lejos de la realidad, la vida natural nos encamina a la muerte. Todo lo que obtenemos en esta vida, tarde o temprano lo perderemos. Por algo Dios dijo:

*“Delante de las canas te levantarás, y honrarás el rostro del anciano, y de tu Dios tendrás temor. Yo Jehová”* (Levítico 19:32).



Cada vez que veamos a un anciano reflexionemos en la vida, no ignoremos que ese es el final de nuestro camino. El tiempo poco a poco nos va quitando todo lo que nos dio, hasta que entregamos lo último: el aliento de vida.

Yo en mi niñez, y mi juventud siempre aborrecí bañarme, porque viví en la capital de Guatemala, lugar donde el agua es sumamente helada. Mis padres nunca pusieron calentadores de agua, sino que nos bañábamos con el agua a temperatura ambiente. Recuerdo que mis padres se bañaban primero, pero tras ellos teníamos que bañarnos nosotros, y eso siempre me martirizó la vida. Cuando ellos llegaron a una edad mayor pusieron agua caliente para bañarse; pero en los últimos días que Dios le prestó la vida a mi padre, me quebró el corazón escucharle decir que una de las cosas que más detestaba a esa edad era bañarse, y no porque no le gustara asearse, sino porque a causa de

la debilidad física de su cuerpo le era sumamente incómodo y doloroso tener que ducharse. Mientras lo escuchaba, en mis adentros meditaba y tomaba lecciones.

Hermanos, así es la vida, pasajera y efímera. Bueno es que en nuestro interior nos empecemos a despojar de ella, bueno es que le cedamos nuestra vida al Señor, porque de todos modos aunque no la entreguemos, un día se nos acabará. Saquemos de esto lecciones importantes, perdamos interior y voluntariamente nuestra vida, y dejemos que nuestra fe sea purificada. Que no sea necesario recibir o esperar algo de Dios para mantener nuestra fe y nuestro deleite en Él.

## Una Fe Pura No Consiste Ni Depende De Milagros.

Leamos los siguientes versos  
para tratar este punto:

Juan 12:11

*“Este principio de señales hizo Jesús en  
Caná de Galilea, y manifestó su  
gloria; y sus discípulos creyeron en él”.*

Juan 12:23

*“Estando en Jerusalén en la fiesta de la  
pascua, muchos creyeron en su  
nombre, viendo las señales que hacía.  
v:24 Pero Jesús mismo no se fiaba de  
ellos, porque conocía a todos, v:25 y no  
tenía necesidad de que nadie le diese  
testimonio del hombre, pues él sabía lo  
que había en el hombre”.*

S

E

M

A

N

A

—

4

—

El milagro que el Señor hizo en Caná de Galilea fue convertir siete tinajas de agua en vino. Este primer milagro con el que el Señor inició Su Ministerio fue maravilloso, sólo que no debemos ignorar lo que dice el v:24 *“Jesús mismo no se fiaba de ellos, porque conocía a todos...”*. Este verso es muy difícil entenderlo a simple vista, y sobre todo porque muchas versiones bíblicas tienen una tendencia protestante, pero dice la Versión Cantera Iglesias: *“Pero el Señor no se entregaba a ellos...”*; esta traducción no está lejos del significado de los manuscritos originales, pues, la idea es que *“el que no cree no se entrega”*. No es una idea descabellada interpretar el verso de esta manera, ya que el amor todo lo cree, por lo tanto, el que desconfía, o no cree, no puede ser abierto. Para que alguien se pueda entregar necesita tener plena confianza, y ese es el sentido del pasaje, que Jesús no se entregaba plenamente a los que creían en Él a causa de los milagros.

El milagro de las bodas de Caná es uno de los más sorprendentes que el Señor hizo; Él convirtió el agua en vino y seguramente toda aquella ciudad se enteró de tal milagro. Es curioso ver cómo el apóstol Juan, lejos de plasmar en sus escritos una exaltación a los milagros del Señor, nos advirtió acerca de no dejarnos sorprender por ellos. Con esto no estoy diciendo que no existan los milagros, o que sean malos, más bien, sólo quiero enfatizar que la Biblia nos advierte de que no nos maravillamos por las cosas sobrenaturales de Dios.

La Vida cristiana jamás debe depender de los milagros. Desde que inició el Nuevo Pacto hasta nuestros días, no es cierto que Dios quiera que estemos aferrados a las sobrenaturalidades, ni que sean la base de nuestra fe. Es cierto que en la Biblia se narran muchos milagros, pero no por eso fueron el día

a día del Ministerio del Señor, ni la experiencia cotidiana de la Iglesia del principio. En el libro de Hechos vemos muchos milagros, pero lo que no calculamos es la gran cantidad de años en los que éstos transcurrieron. No debemos pensar que cada día que la Iglesia estaba reunida sucedía un milagro, eso no fue así, eso es lo que nos hizo ver la doctrina pentecostal. Pero como decimos nuevamente, no estamos negando los milagros, ni los desvirtuamos, sólo debemos entender la advertencia que el Señor nos hace en cuanto a embelesarnos con ellos.

Queremos ver por la palabra del Señor cuán peligroso es que pongamos el fundamento de nuestra vida cristiana en lo referente a los milagros. Si Dios en algún momento nos hace un milagro debemos ser agradecidos con Él, pero jamás debemos esperar que nos pasen milagros todo el tiempo, eso no es así, y es lo que vamos a probar en La

Escritura. Una fe pura no necesita aditivos sobrenaturales, se sostiene viendo al Invisible.

Los versos que leímos en Juan 12:11, y 23, al inicio nos muestran que mucha gente creyó cuando el Señor les hizo milagros, es decir, pusieron el fundamento de su fe en lo milagroso, y es donde surge el error. El resultado de conocer al Señor de esta manera es que Él toma la actitud de no entregarse totalmente a tales creyentes. El apóstol Juan nos muestra a lo largo de los capítulos 2 y 3, que el Señor no se fía de los creyentes que lo siguen por obtener algún beneficio personal. No es casualidad que seguido al relato del milagro de las Bodas de Caná, el apóstol Juan escribe cómo el Señor tomó un azote, les volcó las mesas a los cambistas y a los mercaderes del Templo, (Juan 2:13-22) y les dijo:

*“Quitad de aquí esto, y no hagáis de la casa de mi Padre casa de mercado...”*

A simple vista tal vez no tenga mucha relación este escenario del Templo con el de las Bodas de Caná, sin embargo, el apóstol Juan sí estaba hablando de lo mismo, de aquellos que buscan obtener de Dios un beneficio personal.

Para entender por qué el Señor se airó en el Templo en contra de los cambistas y los mercaderes del Templo, recordemos que en la Ley de Moisés Dios le dijo a los hijos de Israel que tomaran de lo mejor de sus ganados para ofrecerlos en sacrificio, y los que no tenían ganado debían ofrecer aunque sea unos palominos, pero nadie debía llegar a la casa de Dios con las manos vacías. Ante esta práctica muchos de los hijos de Israel empezaron a vender animales en el Templo, ellos obtenían beneficios personales con las cosas de Dios. Esto es, precisamente, el mal fundamento



del cuál estamos hablando, de querer obtener siempre algo para nuestra cuenta cuando nos acercamos a Él. Es parecido a la actitud que toman los hijos cuando salen de la casa con sus padres, creen que cualquier salida debe significar para ellos comer en algún restaurante, o por lo menos disfrutar de alguna golosina, y si no lo reciben se molestan. Que el padre de familia quiera darles algo a sus hijos porque le nace en su corazón, no significa que esté obligado a darles siempre todos sus antojos. De esta actitud niñezca debemos cuidarnos, de no convertir a Dios en la varita mágica que hace realidad nuestros deseos.

Los cambistas y los mercaderes del Templo convirtieron las cosas de Dios en la forma de ganarse la vida, ellos no llegaban con la intención de que hubieran sacrificios, sino de obtener ganancia de lo que el pueblo debía ofrecerle a Dios. Esto se fue haciendo

una práctica beneficiosa tanto para el que compraba como para el que vendía; al oferente le salía más fácil comprar un animalito ya en las afueras del Templo, que tener que venir cargando uno desde su casa; y el que vendía, obviamente obtenía ganancias para sí mismo. El Señor Jesús se indignó de esta actitud, al punto que agarró un azote y los echó del Templo.

El Evangelio moderno le hace creer a la gente que cada vez que van a la Iglesia Dios tiene que darles algo. Esta no debe ser nuestra concepción del Evangelio, más bien debemos reunirnos con nuestros hermanos sabiendo que es un honor venir a la casa del Señor, y que es un privilegio traer una ofrenda para Él, y si en algo Dios nos bendice lo recibimos con acción de gracias. Muchos dejan de asistir a la Iglesia porque no escuchan un buen sermón, o porque no oyen a un buen grupo de “alabanza” pero yo le pregunto: ¿En qué

parte del Nuevo Testamento encuentra usted que las reuniones fueron diseñadas por Dios para escuchar sermones o escuchar cantos? El apóstol Pablo dice en:

I Corintios 14:26

*“¿Qué hay, pues, hermanos? Cuando os reunís, cada uno de vosotros tiene salmo, tiene doctrina, tiene lengua, tiene revelación, tiene interpretación. Hágase todo para edificación”.*

Este Evangelio de Pablo no concuerda con el Evangelio moderno, la Iglesia del Principio no se reunía para ir a recibir, más bien se reunían con la intención de llevar algo que edificara al Cuerpo de Cristo.

Hoy en día los creyentes no saben lo que es dar o hacer algo desinteresado, sino que en todo esperan recibir algo a cambio; su grado de fe depende del nivel de conveniencia. Muchos

hermanos se ven motivados a colaborar en ciertos servicios de la Iglesia toda vez y cuando, se les de algún distintivo sobre los demás hermanos.

En algunas ocasiones las Iglesias han hecho colectas para comprar sillas, o para hacer alguna otra diligencia para los locales de reunión. Cuando la recaudación de fondos para dicha actividad se hace pública, la reunión se convierte casi en una subasta, a ver quien da más. No estoy diciendo que no se deba hacer eso, pero es obvio que el ambiente estimula el ego de muchos, pues, terminan dando para ser vistos y alabados por los hombres, de hecho estas colectas siempre son super abundadas. En otras ocasiones se han hecho colectas y se les ha pedido a los hermanos que escriban su promesa en un papel, pero casi nunca se llega a la cantidad deseada; es obvio que esta metodología no exalta la carne de nadie, por lo que no dan de la misma

manera. Esto nos muestra que no buscamos la recompensa que viene de Dios, sino la recompensa que viene de los hombres. El Señor Jesús advirtió sobre estas cosas, lo dice:

Mateo 6:2

*“Cuando, pues, des limosna, no hagas tocar trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser alabados por los hombres; de cierto os digo que ya tienen su recompensa. v:3 Mas cuando tú des limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha, v:4 para que sea tu limosna en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público”.*

El hombre caído busca siempre la vanagloria de los hombres.

En los tiempos del Ministerio del Señor muchos lo siguieron por la comida, y en una ocasión Jesús les dijo:

*“...De cierto, de cierto os digo que me buscáis, no porque habéis visto las señales, sino porque comisteis el pan y os saciasteis” (Juan 6:26).*

¿No será que nosotros estamos infectados de este mal? ¿No será que hemos creído y perseverado en el Evangelio con el fin de que nos vaya bien? ¿Es el deseo carnal de nuestro corazón la base de nuestra fe? Podemos seguir desarrollándonos de esta manera, pero será deficiente, será carente de la realidad de Dios.

Hermanos, yo quiero predicar en mi Ministerio a un Dios silencioso, a un Dios que para algunos no hace “nada”, a un Dios que está pero no cambia las cosas. Quiero predicar el Evangelio que Nohemí le predicó a su nuera Rut, una mujer a la que Dios trató severamente quitándole a su marido y a sus dos hijos, sin embargo, Rut se enamoró de ese Dios, y con una fe pura se fue con su

suegra para conocer más de Él. Que hermosas palabras las que dijo Rut:

*“No me ruegues que te deje, y me aparte de ti; porque a dondequiera que tú fueres, iré yo, y dondequiera que vivieres, viviré. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios mi Dios”*  
(Rut 1:16).

Esta mujer conoció a Dios sin intereses propios, sólo con una fe pura.

Concluyo diciendo lo siguiente: No es que Dios no haga milagros, sí los ha hecho, los hace, y los hará. Alabémoslo cuando sucedan; sólo tengamos en cuenta que no sucederán todo el tiempo. No le estoy diciendo que se cierre a recibir bendiciones materiales de parte de Dios, sólo que no ponga en ello su fe. Que nuestra fe sea purificada, así como probaron la fe de Job; un hombre al que Dios le quitó todo, pero en medio de la nada:

*“...se levantó, rasgó su manto, rasuró su cabeza, y se postró en tierra y adoró, y dijo: Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá. Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito”*  
(Job 1.20–21).

Permitámosle al Señor que nos encamine hacia una fe pura, y que así podamos experimentarlo a Él, cualquiera que sea la circunstancia de la vida. ¡Amén!